

colección rúbrica



CALETI MARCO

• • • •

SEDA Y PINCEL

esstudio
ediciones

PRIMERA PARTE

1

Mis abuelos, Mimí y Manuel

¡Qué gran señora fue siempre mi abuela, y qué carácter! Se casó con mi abuelo cuando era una joven, bueno, en su época no tan joven. Casarse entonces con veintiocho años significaba estar a punto de quedar soltera. Pero ella era una mujer muy especial. Procedía de Cuba. Había llegado con su familia a Menorca; se instalaron en Ciutadella.

Lo cierto es que aun habiendo estado mi abuelo Manuel en Cuba tantos años, ellos no se conocían de entonces. Mimí, así la llamábamos todos, pertenecía a una familia de emigrantes asturianos afincados allí que habían hecho fortuna en las Antillas. En consecuencia, ella y sus hermanas poseían bienes y propiedades por herencia familiar que vendieron cuando partieron hacia España.

Creo que el abuelo vio en ella una pequeña parte de aquella tierra que había dejado atrás, al regresar. Como él decía, «Cuba es y será mi segunda patria».

Lo más difícil para él fue tomar la decisión de volver. Hacerlo era como emigrar de nuevo. Sobre todo en su caso, que había permanecido fuera de su tierra dieciséis años. Papá decía que muchas veces el abuelo evocaba la vida allí, sus bellos parajes y a su gente.

Su vuelta fue brusca, provocada por el fallecimiento de su padre en el año 1860, lo cual le resultó doblemente triste y traumático. Se fue siendo casi un niño y regresó convertido en un hombre. Para el abuelo, después de tantos años, Ciutadella y sus habitantes ya no eran

los que conoció, y del mismo modo estaba convencido de que él se había convertido en otra persona.

La nostalgia y el sentimiento de desgarró produjeron en él un efecto doloroso y extraño. Sufrió un periodo de adaptación prolongado que solo pudo superar con el paso de los años.

No obstante, terminó recuperando su lugar y su camino entre los suyos, su familia, a la que adoraba, y con la ayuda de las dos mujeres de su vida, su primera esposa Pamela con la que tuvo dos hijos, y más tarde con Mimí.

Pues todo cuenta, ya que el origen cubano de la abuela Mimí resultó un atractivo difícil de resistir para el abuelo Manuel. Él y Mimí conversaban largamente sobre aquellos lugares en veladas en casa. Aunque no compartieron su tiempo de estancia allí, tenían vivencias y sensaciones comunes acerca de aquella isla. Cuba, la tierra que le había moldeado, formado, acogido... Una Cuba en la que el abuelo trabajó duro desde el principio, pasó privaciones y hambre, pero siempre contó con una mano que lo ayudó a salir adelante.

Realmente no eran mejores los tiempos que corrían en casa por aquellos años, cuando el abuelo era un adolescente. Nada buenos para la economía de la isla, ni para los recursos, ni para las oportunidades de prosperar para un joven, por lo que probar fortuna lejos fue la opción más clara que se le presentó en aquel momento.

Partió casi con lo puesto y algo de dinero para el viaje. Una vez allí empezó prácticamente de cero, hasta llegar a hacerse con una privilegiada posición.

Así que, y volviendo a Mimí, cuando ella llegó a esta pequeña comunidad menorquina, supo hacerse un hueco entre los ciudadolanos sin grandes dificultades.

La vida social de entonces era intensa, aunque limitada a quienes poseían mayor nivel cultural y económico de la isla. Se trataba de

un grupo bien relacionado entre quienes lo componían como eran el gobierno local, aristócratas y gente de la burguesía. Las relaciones tenían lugar a través de multitud de actos y reuniones con cualquier pretexto. En un concierto, una representación teatral, o sencillamente en las tertulias de los clubes privados en calidad de miembros, o en casas señoriales de familias, como invitados.

Las sociedades isleñas tienden a ser muy restrictivas, pero tanto mi abuelo, quien pertenecía a una familia influyente, como Mimí, no tuvieron veto en ningún lugar.

Mimí fue pieza clave en todo momento en la vida política, personal y social del abuelo, incluso en momentos de desolación, como al quedar viudo de su primera esposa, Pamela. Mi abuela fue su mejor apoyo y consuelo.

Entre ellas, Pamela y Mimí, se fraguó una gran amistad. Tenían en común algo importante, ambas procedían de fuera de la isla, Pamela originaria de Nueva Orleans aunque nacida en Mao y Mimí de Cuba, por lo cual tendieron a acercarse la una a la otra desde el principio. Mimí era una de las invitadas más frecuentes en las tertulias que organizaba Pamela, la entonces esposa de mi abuelo.

Mimí adoraba a los hijos del abuelo Manuel y Pamela, Mariana y José María, quienes cuando falleció su madre, tenían un año y medio, y un mes de vida respectivamente. Mimí, que se hacía querer por todos, se volcó de manera especial a la muerte de Pamela. Acogió desinteresadamente, como decía papá, a sus hijos y dotó al abuelo Manuel de fuerza para afrontar el triste suceso.

Mimí no era precisamente una mujer de gran belleza, aunque su elegancia y modales eran de lo más refinados. Morena, de ojos negros y constitución menuda que con los años había ido ganando peso. Solía gastar en moda a capricho y en aquella época, que no había demasiada variedad, le daba por viajar a la península y a ciudades como París o Milán, ambas cunas de la moda y las tendencias.

Le gustaba vestir bien para cualquier ocasión, no renunciaba a nada que se le antojase. Iba a la moda de la época que ella adaptaba a su propio estilo caribeño por origen y tradición.

Eran característicos sus prendidos sobre su cabello negro y brillante que lucía casi siempre recogido, dejando libres aquellos bellos ojos de risueña y profunda mirada.

De carácter fuerte y acostumbrada a mandar, era sin embargo muy cariñosa y afectiva, con gran capacidad para entablar relaciones y amistades.

Decía papá, que mucho se habló del impacto que produjo en mi abuelo cuando la conoció a juzgar por aquellos prudentes y respetuosos comentarios que hizo acerca de su personalidad. El abuelo Manuel apreciaba en ella muchas de sus cualidades, entre otras su fortaleza y su inteligencia, no por eso dejaba de darle un cierto vértigo tal entereza y capacidad resolutive en una mujer.

Mi abuelo fue todo un personaje de altura en Ciutadella. Era costumbre en Menorca confiar los cargos de la administración a personas importantes e influyentes de la ciudad, así que, y sin restarle mérito, en 1867 le propusieron, y finalmente fue nombrado concejal del Ayuntamiento de Ciutadella, como resultado de las elecciones municipales correspondientes.

En aquellos días, tuvo lugar la visita del almirante de Flota de los Estados Unidos, don David G. Farragut, hijo de ciudadelano. Mi padre recordaba cómo había sido todo, bueno... cuando se lo contaron. El equipo de gobierno de mi abuelo se ocupó de los preparativos, la lista de personalidades invitados, seleccionar el lugar para la recepción, la ambientación de la sala... todo eso y más. Acudieron de diversas localidades, y por supuesto, la más alta representación de la sociedad civil, política y religiosa de las islas.

Viudo desde el año anterior, la abuela Mimí fue su acompañante oficial al acto. No era de extrañar tal conducta pues la verdad es que eran asiduos compañeros en multitud de foros.

La abuela, como era habitual, estuvo más que a la altura de las circunstancias. Destacó por su amabilidad, elegancia y modales. El abuelo se sentía cada vez más prendado de ella, de su capacidad y valía, lo que afianzó más aun la idea de hacerla su esposa algún día.

El abuelo fue asumiendo cada vez más responsabilidades en el equipo de gobierno de la isla. En 1868 La Junta de Salvación y Gobierno le confirmó en el cargo de alcalde segundo; en aquel mismo momento tuvo que ejercer de alcalde, por ausencia del titular el Sr. Sabater Faner. Posteriormente en febrero de 1869, mi abuelo fue nombrado alcalde de Ciutadella hasta marzo de 1872.

Mis abuelos contrajeron matrimonio el 24 de octubre de 1869, tres años después de haber quedado viudo él. La ceremonia se celebró por todo lo alto, en número de invitados, en abundancia y sofisticación del banquete, además hubo doble boda en la familia, pues ese mismo día se casó una de las hermanas de Mimí, Lola, con Miguel Caymaris, viudo de la hermana menor de mi abuelo.

Así que en los círculos más cercanos se evitaba mencionar el curioso hacer de esta familia cubana de procedencia y en mi familia optaron por hacer oídos sordos ante las habladurías de la sociedad de la época. Lo cierto fue que ellas habían conseguido, con o sin proponérselo, conquistar el corazón de muchos de los menorquines.

Muchas buenas acciones de gobierno se le adjudicaron al abuelo, incluso cabe destacar algún gesto que otro de generosidad. Alguno de ellos, según decía la familia, había sido producto de la acertada influencia de Mimí. Como ejemplo me contaba papá lo sucedido en una ocasión, siendo alcalde el abuelo. Y es que al parecer hubo un momento determinado en que el abuelo Manuel detectó algunos retrasos en la recaudación administrativa, y la falta de recursos generó dificultades económicas en el Ayuntamiento.

Manuel lo comentó de manera natural con Mimí, como hacía a menudo. Él se sentía más confuso y abrumado de lo habitual por el problema, cosa que no había pasado desapercibida para Mimí. «Tiene mala solución, Mimí, mala solución», decía. Para ella el dinero no era impedimento alguno para casi nada, o siempre lo tuvo o es que ahora lo tenía, a saber, como decía papá. Era por costumbre generosa y no escatimaba en gastos si hacía falta.

Le propuso abiertamente a mi abuelo que hiciese una dotación para cubrir lo necesario. No fue fácil convencerle. Él era bastante comedido en estos temas, se diría que más bien austero. Así que de alguna manera se lamentó de haber sido tan locuaz con su esposa. Finalmente reflexionó y pensó que quizás sería lo más sensato. Hizo suya la idea y adelantó de su peculio mil escudos para el pago del cupo municipal del Impuesto Personal al Tesoro Público, correspondiente a la anualidad de 1868.

Y podría seguir contando más y más cosas de mi querido abuelo y de las peculiaridades de mi abuela Mimí, de quienes tengo un dulce y grato recuerdo de su cariño hacia mí, que conservé toda la vida.

Tuvieron cuatro hijos, la mayor fue Teresa, mi madre, que nació el 24 de agosto de 1870. Para entonces ya había fallecido Mariana, hija del primer matrimonio del abuelo, con cinco años. José María; su segundo hijo con Pamela también murió a los cuatro años, tan solo un mes después de venir al mundo mi madre. Posteriormente llegaron tres hijos más, mis tíos José, Manuel y Perico.

El nacimiento de mamá supuso gran regocijo para todos. De alguna manera su llegada contribuyó a paliar en algo la pena provocada por la prematura pérdida de los pequeños. Papá le oía decir repetidamente a su madre que, como he comentado era hermana del abuelo Manuel, «la muerte de los dos hijos de tu tío ensombreció el estado de ánimo de toda la familia».

Mimí estaba feliz con su embarazo, tendría su primer hijo con casi treinta años aunque precisamente por eso, por su edad, secreta-

mente temía por el desarrollo de su gestación y parto. Pero todo fue muy bien. Teresita fue una bonita niña de cabello negro y ojos oscuros, la alegría de todos. El abuelo se volcó en ella. Era la hija esperada después de haber perdido a los dos primeros. Y para Mimí, lo máspreciado.

Desde el principio Teresita destacó por su inteligencia. La madre organizó para ella y posteriormente para sus otros tres hijos, una enseñanza muy personalizada en los primeros años de vida de los chicos en casa con preceptores que les fueron dando, hasta que tuvieron la edad de escolarizarse, la más completa formación.

A los cinco años Teresita leía y escribía casi perfectamente y ya empezaba a detectarse su gran sensibilidad por la música.

Mimí era una virtuosa al piano; había cursado clases en La Habana desde muy joven. Teresita, ávida por imitar a su madre, se acercaba a ella cada día siempre que estaba al piano. Lo más divertido para la niña era tocar y tocar las teclas, evidentemente sin orden ni concierto. Así que Mimí, con todo el cariño del mundo, empezó a enseñarle algunos acordes para que los interpretase ella sola.

El resultado fue realmente asombroso. Teresita aprendía sin esfuerzo, y con seis años empezó a recibir clases de piano en una escuela especializada. Su profesora Xesca quedó más que sorprendida de la facilidad que tenía Teresita a tan corta edad.

La cultura musical fue una máxima para mamá, lo era para toda la familia, algo que facilitó aún más la empatía entre todos; impulsó la incorporación de Mimí a los círculos familiares, años antes de casarse con el abuelo.

Se reunían para audiciones musicales, cosa muy habitual, y lo hacían en el salón de casa de los padres del abuelo, donde acudían todos o casi todos los familiares que estuvieran en la isla.

Ya he dicho que eran gente movida y viajera por tradición. Hay que recordar la cantidad de miembros que había en la familia, solo